

# LIBROS

50

LETRAS LIBRES  
ABRIL 2019

**Anna Ajmátova  
y Marina Tsvetáieva**  
• EL CANTO Y LA CENIZA.  
ANTOLOGÍA POÉTICA

**Charlotte Gordon**  
• MARY WOLLSTONECRAFT/MARY  
SHELLEY. PROSCRITAS ROMÁNTICAS

**Elías Pino Iturrieta**  
(coordinador)  
• HISTORIA MÍNIMA DE VENEZUELA

**Edwin Williamson**  
• HISTORIA DE AMÉRICA LATINA

**Luisgé Martín**  
• EL MUNDO FELIZ.  
UNA APOLOGÍA DE LA VIDA FALSA

**Santiago Gerchunoff**  
• IRONÍA ON. UNA DEFENSA  
DE LA CONVERSACIÓN  
PÚBLICA DE MASAS



POESÍA

## Un tajo del siglo XX



**Anna Ajmátova y  
Marina Tsvetáieva**  
EL CANTO Y LA CENIZA.  
ANTOLOGÍA POÉTICA  
Selección y traducción  
de Monika Zgustova y  
Olvido García Valdés  
Barcelona, Galaxia  
Gutenberg, 2018,  
300 pp.

### JULIO TRUJILLO

Se ha reeditado, casi tres lustros después de su aparición y ahora en tapas blandas, *El canto y la ceniza*, la antología de poemas de Anna Ajmátova y Marina Tsvetáieva que hicieron para Galaxia Gutenberg Monika Zgustova y Olvido García Valdés. Es una reaparición pertinente, porque las dos mayores poetas rusas del siglo XX siempre lo son y porque su obra, como todo gran arte, parece hablarnos ahora, flamante en su potencia y en su dolor.

Me hubiera gustado no escribir la palabra dolor en el primer párrafo de esta reseña pero su aparición se impuso, dejando clara su inevitable preeminencia en la escritura de ambas poetas. No que el dolor defina

ambas poéticas *in toto* (de hecho, tanto Ajmátova como Tsvetáieva fueron extraordinarias poetas del amor), pero sí que son obras insertas en un siglo y en un país convulso por guerras mundiales y civiles, escritas como una resistencia contra el régimen, amenazadas siempre e imbuidas de una intensidad de vida o muerte (de vida y muerte, para ser más precisos) que las dota de una energía única, de una fuerza capaz de dar un giro y definir ellas, desde su trinchera vital y estética, a la Historia que las oprimía y no viceversa. El dolor, el *pathos* de estos poemas, no es el de las víctimas que se achican sino el de las artistas que se agrandan, habiendo entendido que su voz ya no era solo suya (aunque ambas tienen entonaciones personalísimas) sino la de una sociedad y su tiempo. Recordando aquel verso de Darío, fueron verdaderos pararrayos de una tormenta secular que amenazó con dejarnos en la oscuridad.

Con una traducción literal de Zgustova y una revisión posterior de la poeta García Valdés, esta antología se deja leer muy bien en español, aunque estamos conscientes de lo mucho que perdemos de la maestría técnica de ambas poetas en el original ruso, cuyo punto más alto acaso sea el de haber conseguido una dicción perfectamente clara y legible para sostenida por complejos artefactos lingüísticos. Ajmátova y Tsvetáieva hablan de tú a tú (una de las razones de su popularidad), como si detrás de cada poema hubiera una límpida espontaneidad, una casi gratuita felicidad sonora y no el trabajo perfeccionista y milimétrico de dos artistas que llevaron su sintaxis a un nivel de perfección aún sin par en la literatura rusa. Y el armado novedoso del libro, no cronológico, que comienza con las composiciones extensas de ambas y continúa con los otros poemas en

busca de un ritmo de lectura y de un tono que haga justicia a la voz de las poetisas, es convincente y se agradece.

Quien no sepa nada de la vida y obra de las poetisas rusas (vida y obra casi imposibles de separar y ya tocadas por el aura de la leyenda) podrá enterarse de sus coordenadas básicas en el prólogo y epílogo de las antologías. Sabrá de la belleza, elegancia, perseverancia en el sufrimiento y soledad de Anna Ajmátova, cuya primera creación perfecta fue probablemente ella misma, con ese seudónimo aristocrático y abundante en as (su nombre de pila era Anna Gorenko). Ajmátova fue una mujer hechizante e inspiró más obras dedicadas a ella que su propia producción (Modigliani se obsesionó con su figura), y no obstante padeció un ostracismo solo soportable a través de una gran resiliencia y del poder vivificante de la poesía. Sus relaciones (Nicolái Gumiliov, Nikolái Punin, Isaiah Berlin) parecen mitos y siempre fueron transfiguradas en poemas. En cuanto a Marina Tsvetáieva, el lector descubrirá un espíritu libérrimo, apasionado, amante del amor, caprichoso, feliz y desdichado a la vez, una poeta para poetisas, entregada y perfeccionista hasta la exasperación. De ella escribió su marido, Serguéi Efron: “Lanzarse de cabeza a su propio huracán se ha convertido para ella en una necesidad, en el oxígeno de su vida”, y esa vehemencia alcanzó su punto máximo en la correspondencia triangular que mantuvo con Boris Pasternak y Rainer Maria Rilke, en la que Tsvetáieva consiguió, por pura intensidad, espantar al autor de las *Elegías de Duino*... Ambas poetisas se admiraron y dedicaron poemas, y ambas conocieron el dolor y el sufrimiento como pocos: la dignidad de Ajmátova, ante dicho dolor, fue la vida, la

resistencia, y la de Tsvetáieva fue la muerte, que ella consideraba el heroísmo del cuerpo, aunque no del alma.

Vigiladas de cerca por Stalin (vergonzante admirador que ya había sentenciado a Ósip Mandelstam), las poetisas rusas produjeron poemas imperecederos. A lo largo de veinte años, Ajmátova escribió su hoy clásico “Réquiem” que, ante el temor de la represión contra su hijo encarcelado, no conoció el papel y fue memorizado por una docena de amigos. “Réquiem” consigue, excepcionalmente, trenzar el hecho estético y el político al cristalizar en un canto fúnebre el dolor de las madres por sus hijos idos. En palabras de José Manuel Prieto: “Nunca antes se había escrito una obra de tan alta calidad literaria sobre la tragedia del pueblo ruso bajo el bolchevismo.” Sus versos siguen resonando dentro de nosotros: “De madrugada vinieron a buscarme. / Yo fui detrás de ti como en un duelo.”

La antología incluye otro poema de altos vuelos de Ajmátova, el polifónico “Poema sin héroe”, también escrito a lo largo de dos décadas y que es, característicamente, una historia general de Rusia a través de la historia particular de la poeta, y un puñado de otros poemas y ciclos de los cuales rescato estos tres versos: “Todas las almas de la gente que amo / están entre las estrellas: afortunada, al fin, / ya a nadie puedo perder y sí puedo llorar.”

De Tsvetáieva se incluye su célebre “Poema del fin”, también de largo aliento, que con una prosodia vivaz, entrecortada y punzante (jazzística, si se me permite) cuenta la ruptura de dos amantes, su *via crucis* en catorce estaciones, y que guarda esta tremenda, veraz aseveración: “Si es este / un mundo cristiano, / los poetisas somos judíos.”

Otros poemas sueltos comparan (“Mi día es desordenado y absurdo: / al mendigo pido pan, / al rico le ofrezco una limosna”) y la antología cierra con un *bang*: el poema “Por el Año Nuevo”, elegía a la muerte de Rilke escrita como la última de sus apasionadas cartas. Portento de maestría técnica, sublime declaración de amor, ese texto le inspiró a Brodsky un fascinante análisis de sesenta páginas titulado “Nota al pie de un poema”, en el que afirma que Tsvetáieva, para entender lo sucedido con la muerte de Rilke, tuvo que ampliar los límites del género elegiaco y pasar de la orquesta al escenario.

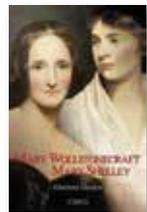
*El canto y la ceniza*, título que define a la perfección la dualidad erótica y tántrica que campea en la obra de ambas poetisas rusas, es más que una selección poética: es un tajo del siglo xx al que Ajmátova y Tsvetáieva supieron darle una perdurable voz. —

**JULIO TRUJILLO** es poeta, ensayista y editor. Su libro más reciente es *El acelerador de partículas* (Almadía, 2017).



## BIOGRAFÍA

### Rebeldes y monstruosas



**Charlotte Gordon**  
MARY  
WOLLSTONECRAFT/  
MARY SHELLEY.  
PROSCRITAS  
ROMÁNTICAS  
Traducción de Jofre  
Homedes Beutnagel  
Barcelona, Circe, 2018,  
600 pp.

### GABRIELA DAMIÁN MIRAVETE

Es refrescante hallar, en un libro que aborda de forma exhaustiva la vida de dos prominentes personalidades literarias, un párrafo como este: “Es muy posible que si Mary [Wollstonecraft] hubiera visto cómo intentaba trabajar su esposo en medio

de un caos semejante le hubiera dado un poco de pena, pero también algo de risa [...] Ahora que ocupaba el sitio de su esposa, empezaba a descubrir lo ciertas que eran las palabras de Wollstonecraft sobre las múltiples interrupciones de la vida doméstica. Justo cuando se sentaba a escribir, Fanny intentaba hablar con él. La doncella y la cocinera tenían dilemas que por lo visto solo podía resolver él. Los comerciantes mandaban mensajeros para reclamar dinero. Venían operarios para reparar las ventanas.” Escenas similares abundan en la biografía doble que Charlotte Gordon escribió alternando un capítulo sobre Mary Wollstonecraft, autora de *Vindicación de los derechos de la mujer* (1792), y otro sobre Mary Shelley, pergeñadora de *Frankenstein o el moderno Prometeo* (1818). Las intenciones de Gordon son claras desde el inicio: crear el relato biográfico partiendo de un marco feminista. Para conseguirlo, había que hacerse las preguntas adecuadas: ¿Quién se encarga de la cena mientras se escriben los poemas y las historias? ¿Cómo obtuvieron estas dos madres tiempo y tranquilidad para poder leer y escribir? ¿Qué vías novedosas hallaron para el amor (y el desamor) a partir de los discursos políticos que cada una enarboló?

En el caso de esta dupla madre-hija, no hay *detrás de un gran hombre hay una gran mujer* que valga: desde que ambas creadoras estaban vivas fueron reconocidos su talento y su importancia en la esfera intelectual de sus respectivas épocas (los *hombres célebres* con los que compartieron la vida, William Godwin y Percy Shelley, fueron de los primeros en hacerlo). Y sin embargo, lo que la biografía de Gordon revela al poner sobre la mesa estas cuestiones es que ninguna de las dos pudo escapar de esos confinamientos

reservados para las mujeres: la responsabilidad casi absoluta de la administración del hogar, la crianza, el cuidado físico y emocional de toda la familia, la participación en la economía hogareña no solo a través del trabajo doméstico y reproductivo sino también del intelectual; servir de copistas, tesoreras, intermediarias e incluso como garantía de prestigio para los prestamistas... Como resultado, las aportaciones de Wollstonecraft y de Shelley producen más asombro y respeto al tomar en cuenta las condiciones materiales en que fueron desarrolladas. La mayoría de los lectores conoce la leyenda literaria de Villa Diodati, esa que cuenta cómo Lord Byron, William Polidori, Percy y Mary Shelley (de apenas diecinueve años), inspirados por las tormentas eléctricas del “Año sin verano”, dedicaron una noche a producir trabajos literarios que serían inmortales. Lo que Charlotte Gordon nos hace reconfigurar en esa famosa estampa es que Mary ya era madre de su pequeño hijo William, y que muy probablemente lo tuvo en el regazo mientras garabateaba las primeras líneas de *Frankenstein* en aquellas noches legendarias y durante el arduo trabajo de los meses siguientes en los que terminó el primer borrador de la historia, de la que Gordon, por cierto, también ofrece otra lectura. En lugar de considerar a *Frankenstein* como advertencia en torno a los peligros que entraña “jugar a ser dios” a través de la tecnología, lo interpreta como “una parábola acerca de cómo sería una vida sin madres, sin mujeres, y un mundo sin la influencia y la solidez que proporcionan las relaciones íntimas, cercanas” (puede leerse en una entrevista que ofreció para Flavorwire.com en agosto de 2015). Al demorarse un poco más en la relación madre-hija que no

pocos estudiosos suelen desestimar por “inexistente” (habiendo muerto Wollstonecraft once días después de dar a luz a su hija), es claro que en la obra de Shelley sí hay muestras de la honda carencia que ella sentía por la, sin embargo, omnipresente Wollstonecraft, pese a que William Godwin se esforzó por ser un buen padre para ella y para sus hijastras.

Otro de los aciertos del trabajo de Gordon es el reconocimiento de la influencia que ambas autoras tuvieron en el pensamiento de la época y sus protagonistas. Las *Cartas escritas en Suecia, Noruega y Dinamarca* (1796) de Wollstonecraft, que proponían una conexión emocional con la naturaleza y abogaban por la expresión auténtica de los sentimientos, fueron leídas con fascinación por quienes son considerados los iniciadores del romanticismo poético, Samuel Taylor Coleridge y William Wordsworth, autores que reconocieron en esa obra la inspiración para su propuesta. Lord Byron se conducía de una manera muy distinta a su papel de *womanizer* en sus intercambios con Mary Shelley, a quien también respetaba y admiraba, no solo por ser hija de la rebelde Wollstonecraft (su estilo de vida libre y radical era una razón más que le granjeó muchos seguidores), sino por su riqueza intelectual y la originalidad de sus ideas. No es banal recuperar esta noción de autoridad conferida a autoras que sí la tenían hasta que fueron consignadas de forma muy distinta en las historias de la literatura (o bien como excepciones, o como autoras de solo un libro, pocas veces como influencia o creadoras de corrientes y escuelas). Tampoco lo es el esfuerzo que Charlotte Gordon hizo por ubicar las relaciones intelectuales, familiares o amistosas que las Marys mantenían con otras mujeres (aunque no

tenemos esa minuciosidad respecto a las esclavas, empleadas y nanas, pese a que Gordon no las olvida del todo). Así vemos que aparecen nombres como el de madame Roland, cuya frase célebre “¡Oh Libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!” pocas veces se le atribuye a ella misma, o el de Maria Reveley (o Maria Gisborne), amiga de Mary Wollstonecraft que después ayudó en Italia al joven matrimonio Shelley, pero que también compartió con ellos conversaciones y lecturas. Ella, precisamente, fue testigo de cómo los caprichos de Percy Shelley le costaron a Mary la pérdida de su hija Clara al obligarlas a viajar mientras la niña tenía fiebre. Una idea constante a lo largo del libro es lo poco capacitados que estos genios artísticos estaban para el cuidado de sí mismos y de las personas que los amaban, algo que no se “cura” con el progreso ni el paso del tiempo: lo demuestra el hecho de que Mary Shelley tuvo que obligarse a vivir hacia el final de su vida como una buena mujer victoriana para limpiar el monstruoso nombre de ella y de su esposo, luego de que Wollstonecraft fuese una reconocida intelectual que renegó del matrimonio y la maternidad.

Aunque Gordon especula sobre las posibles reacciones y pensamientos de las dos Marys en todo momento, no cede a la tentación de enunciar respuestas fijas. Basta su minucioso trabajo de documentación y la intuición fina, de novelista, que la hizo articular con delicadeza probabilidades, causas y consecuencias para ofrecer no el paisaje decimonónico de dos vidas, sino una suerte de emocionante holograma con el que estas mujeres adquieren una dimensión que en lugar de permanecer estática, bajo las luces cenitales de un museo, despierta un resplandor capaz

de iluminar áreas de su entorno para advertir en él nuevos matices. Como esos momentos cotidianos reflejados en las notas garabateadas sobre papelitos que Mary Wollstonecraft y William Godwin se pasaban del estudio a la casa, una tregua para la ternura y la complicidad, pero también un reflejo de esa búsqueda de justicia y libertad en las relaciones románticas que comparten con las autoras de hoy: “Dijiste que íbamos a tener una relación igualitaria y que ibas a compartir conmigo los quehaceres domésticos, y aun así he tenido una mañana horrible porque tuve que lidiar con el plomero mientras tú trabajabas en tu oficina. Creo que mi tiempo es tan valioso como el tuyo.” Más que un lamentarnos por notar, una vez más, lo añeja que es la búsqueda por esa justicia, la biografía de Charlotte Gordon inspira a realizar una suerte de experimento a la *Frankenstein*, y resucitar con una poderosa corriente eléctrica a Mary Wollstonecraft y Mary Shelley. Aunque sea solo a través de las palabras que nos dejaron. —

**GABRIELA DAMIÁN MIRAVETE**  
es narradora y ensayista.  
Pertenece al colectivo de arte  
y ciencia Cúmulo de Tesla.



## HISTORIA

### Comprender Venezuela



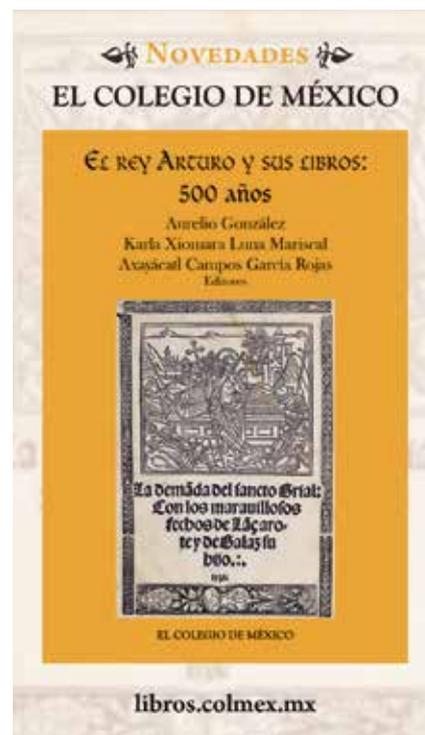
**Elías Pino Iturrieta**  
(coordinador)  
HISTORIA MÍNIMA  
DE VENEZUELA  
Ciudad de México,  
El Colegio de México/  
Turner, 2018, 244 pp.

## GISELA KOZAK ROVERO

Dada la magnitud de la desgracia, a últimas fechas la preocupación

internacional se ha centrado en Venezuela. La necesidad de comprender cómo el país ha llegado a este dramático momento vuelve oportuna la publicación de esta *Historia mínima*, en la que diversos especialistas analizan los diferentes periodos de la historia venezolana —prehispánico, colonial, independencia, consolidación de la república y contemporaneidad.

En la “Explicación”, el coordinador del volumen, Elías Pino Iturrieta, alude a una primera edición venezolana, publicada en 1992 y cuya inspiración había sido la *Historia mínima de México*, que concibió Daniel Cosío Villegas. Veintiséis años después, esta revisión ofrece una mirada novedosa, surgida tanto de las nuevas investigaciones como de los acontecimientos recientes del país. De hecho, en el “Epílogo” se hace un llamado a resolver de manera sensata y con sentido de nación el drama de un país que, por



sus recursos naturales y logros civiles, debió de convertirse en una referencia para todo el continente.

Manuel Donís Ríos se ocupa de la historia prehispánica y colonial. Describe el poblamiento del territorio y su conformación cultural desde el “paleoindio” hasta el “neoindio”, con énfasis en las familias lingüísticas y los hábitos alimenticios. A su llegada, los conquistadores encontrarán a dos grandes grupos, los arahuacos y los caribes. Dada la rivalidad existente entre ambos, los arahuacos, asentados en la zona oriental del actual territorio venezolano, darán apoyo a los españoles para someter a los caribes.

En la conquista y la colonización se señala la importancia de la economía extractiva, en particular la cosecha de perlas de las islas de Margarita, Coche y Cubagua. Pasado este momento, es vital el papel de la Iglesia católica en la organización y el poblamiento del territorio y en los intentos de humanización de la brutal explotación de los indígenas y de los esclavos de origen africano. Desde la fundación de las ciudades principales del país en el siglo XVI, pasando por la diversificación económica —especialmente agrícola— en el XVII, hasta llegar a la erección de instituciones educativas, compañías comerciales y el desarrollo de una cultura musical y visual original en el XVIII, la futura República de Venezuela va construyendo un modesto perfil propio dentro del concierto colonial.

Elías Pino Iturrieta escoge como hilo conductor de su exposición la pugna del proyecto de república civil y liberal con la realidad de un país empobrecido por la guerra contra España y el posterior auge de los caudillos en sus pugnas por el poder. En los primeros años del periodo de Independencia,

los blancos criollos (mantuanos) esgrimieron sus lecturas del pensamiento ilustrado como fundamento racional de una ruptura con España que no tenía apoyo popular, pues los estratos populares temían la hegemonía criolla. El libertador Simón Bolívar tuvo que aliarse con un humilde descendiente de canarios, José Antonio Páez, para atraer a tales estratos. Pasado el proceso emancipador, era muy visible la amplia franja de desposeídos cuya vinculación con este proceso y con la incipiente república liberal era débil, lo cual desembocará en 1859 en la Guerra Federal. A esta falta de paz se opuso el afán modernizador e ilustrado de gente de letras y ciencia que pudo incidir en iniciativas como la educación pública y gratuita, la fundación de universidades y de la Biblioteca Nacional, y el auge de periódicos y revistas. Aún así, la disposición guerrera marcó esta etapa de la vida nacional; no en balde el dictador Antonio Guzmán Blanco inició el culto laico a los héroes, en especial a Simón Bolívar. Lamentablemente, desde el siglo XIX los militares han sido muy activos en la política de Venezuela.

La separación entre Iglesia y Estado le dio cierto brillo a la vida civil y a la modernización educativa y cultural, pero el predominio militar continuó hasta llegar al siglo XXI. Inés Quintero propone que el siglo XX venezolano fue escenario de una lucha constante por la democracia política y la inclusión social de los discriminados por razones de género y clase. La renta petrolera marcó las transformaciones de Venezuela y financió la modernización del Estado tanto como la masificación de la educación y el sistema de salud pública, además de la infraestructura industrial, cultural y educativa que creció exponencialmente en

la segunda mitad del siglo XX. No obstante, el rentismo, el progresivo alejamiento de los partidos de las bases de la sociedad, la lentitud de las reformas necesarias al estilo de la descentralización, la corrupción administrativa y los bajísimos precios del petróleo en la década de los noventa fueron interpretados, en especial por intelectuales y medios de comunicación, no como problemas a superar sino como síntomas de la inoperancia misma del sistema democrático. La democracia civil (1958-1998) duró apenas cuarenta años. El siglo XXI sería el de la Revolución bolivariana, que desmontó todos los logros democráticos de la centuria pasada valiéndose paradójicamente del voto popular.

*Historia mínima de Venezuela* demuestra que escribir historias nacionales y elaborar rutas para su comprensión es imprescindible en tiempos de la “posverdad”. Como indica el fallecido historiador Tony Judt, los hombres y mujeres de distintas clases sociales, ideologías, culturas, etnias, orientación sexual y religión tenemos un pasado común que ha influido en nuestras vidas, y ese pasado no solo puede verse en clave de impugnación sino también en su sentido de construcción y logro. En el caso particular de Venezuela, la Revolución bolivariana ha intentado confiscar el discurso histórico para oscurecer cualquier interpretación alternativa; el pasado es manipulado por una política cultural que pretende imponer la hegemonía de un pensamiento único. Bajo esa óptica, la historia de Venezuela constituye un drama de explotación y horror que comienza con la llegada de Cristóbal Colón y sus navegantes en 1498 y se extiende durante la conquista y la colonización hasta desembocar en las

guerras independentistas. Luego de este proceso, el legado de Bolívar, el Zeus del Olimpo nacional, es traicionado una y otra vez por una élite racista, clasista, explotadora y ladrona hasta el advenimiento de la Revolución bolivariana. El bombardeo de semejante leyenda negra, con vaga inspiración en el pensamiento decolonial, ha sido constante pero, por fortuna, esfuerzos como los de Manuel Donís Ríos, Elías Pino Iturrieta e Inés Quintero Montiel, miembros de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela, y otros brillantes historiadores e intelectuales comprometidos con una visión ética del conocimiento, salvan la cara de Venezuela y su gesta civil a lo largo de los siglos. —

**GISELA KOZAK ROVERO** es escritora y profesora universitaria venezolana residente en la Ciudad de México.

## RELECTURA

### América Latina: la historia desconcertante



**Edwin Williamson**  
**HISTORIA DE AMÉRICA LATINA**  
Traducción de Gerardo Noriega Rivero  
Ciudad de México, FCE,  
1a. reimpresión, 2018,  
706 pp.

## RAFAEL ROJAS

Edwin Williamson es uno de los latinoamericanistas británicos más reconocidos en el mundo. Dedicó décadas a estudiar a Miguel de Cervantes y a Jorge Luis Borges y se ganó el duro corazón de los hispanistas aquí y allá. Tras décadas de lecturas de clásicos de la lengua española, decidió probar fortuna en una historia general de América Latina,

entre la conquista en el siglo XVI y la globalización en el siglo XXI. El resultado ha sido exitoso: *The Penguin History of Latin America*, la edición original de esta *Historia* de Williamson, lleva tres décadas muy bien ubicada en las principales librerías y universidades británicas y estadounidenses.

En América Latina tenemos nuestra propia tradición de historias generales. Luego de los viejos liberales, tipo Mariano Picón Salas y Germán Arciniegas, vinieron los revisionistas de la Guerra Fría, tipo Tulio Halperin Donghi o Pablo González Casanova. Publicada inicialmente en 1992, año de la desintegración de la URSS, el de Williamson es acaso el primer intento serio de recontar la historia de esta parte del mundo después de la Guerra Fría. Las últimas ediciones del volumen que han hecho Penguin Random House en inglés y el Fondo de Cultura Económica en español extienden la narrativa y el análisis de Williamson hasta las primeras décadas del siglo XXI.

Ya hablaremos del cambio de perspectiva que produce aquel contexto de escritura de la primera versión del volumen, pero adelantemos que este libro partió de la idea de que la nueva reconfiguración del mundo tras la caída del Muro de Berlín demandaba otra manera de pensar la experiencia moderna latinoamericana. Sin aquella contextualización difícilmente Williamson habría podido finalizar su libro analizando el impacto de las transiciones democráticas y las reformas económicas de fines del siglo XX en la América Latina de hoy.

Edwin Williamson arranca con una narración compacta de las conquistas del Caribe y Tierra Firme, México y el Perú, tan atenta a la supervivencia de las culturas

prehispánicas como a la construcción del nuevo orden legal e institucional de los regímenes virreinales. Desde esa primera parte del volumen, “La era del imperio”, el historiador británico evita el error común de excluir a Brasil de la experiencia colonial latinoamericana por medio de un capítulo que describe en sus detalles fundamentales el mundo colonial brasileño. Dice Williamson que, antes que el Caribe, cuyo “boom sacarcrata”, como decía Manuel Moreno Fraginals, no estalló hasta la primera mitad del siglo XIX, Brasil fue la primera sociedad esclavista adaptada a una economía de exportación por medio del azúcar y del oro de Minas Gerais, Mato Grosso y Goiás.

Moreno Fraginals, Hugh Thomas, Franklin W. Knight y otros historiadores llamaron la atención de que las *sugar islands* antillanas habían sido el laboratorio de las economías esclavistas de plantación del Caribe hispano, pero Williamson recuerda que Brasil fue el gran antecedente de esa forma de organización de la sociedad en el mundo atlántico desde el siglo XVII. En el tramo de las reformas borbónicas y las revoluciones hispánicas, entre fines del siglo XVIII y principios del XIX, que Williamson, de acuerdo con la historiografía revisionista más reciente, estudia como un período único, la independencia aparece como el último acto del choque entre Habsburgos y Borbones por la racionalidad del Estado latinoamericano.

Tras algunos pasajes dedicados a las guerras civiles poscoloniales y al choque entre liberales y conservadores, Williamson no se detiene demasiado en la época de los regímenes de orden y progreso a fines del XIX, aunque dedica páginas de alta precisión a reseñar la influencia del positivismo. La modernización

finisecular en Brasil con la república postesclavista y en México con el porfiriato creó pautas estructurales de gran persistencia. En otros países, como Argentina y Cuba, el crecimiento del modelo exportador se propagó hasta las primeras décadas del siglo xx, como consecuencia del alza en los precios de la lana, el trigo, la carne y el azúcar y, también, del aumento de las inversiones de Gran Bretaña y Estados Unidos, especialmente en minería y ferrocarriles.

Hacia 1930, Williamson identifica un giro histórico, como consecuencia de la consolidación institucional de la Revolución mexicana, durante el maximato y el cardenismo, y el ascenso de los grandes populismos en Brasil y Argentina. La explicación que el historiador da al peronismo argentino, como un “caudillismo de sociedad industrial”, podría extenderse a buena parte de los populismos latinoamericanos, donde viejas oligarquías agrarias y ganaderas se enfrentaron a los movimientos obreros y de masas, liderados por la clase media comercial y profesional, así como por las juventudes universitarias radicalizadas. Una contradicción similar, aunque con mayor base campesina, tendría lugar en los nacionalismos revolucionarios de los Andes, Centroamérica, el Caribe y México, enfrentados a las élites latifundistas



y a las compañías norteamericanas comercializadoras de frutos.

Además de Brasil, Argentina y México, los tres mayores países latinoamericanos, Williamson dedica páginas brillantes a Cuba y Chile, dos países donde observa variantes excepcionales, de gran resonancia en la región. En Chile, un siglo xix largamente estable tras el experimento portaliano, transita a un siglo xx con una democracia que dio gran protagonismo a las izquierdas socialistas y comunistas. La llegada al poder de Salvador Allende y Unidad Popular, por la vía electoral, en 1970, se explica, en buena medida, por aquella sólida tradición de centro-izquierda que incluye los gobiernos de Carlos Ibáñez, Marmaduke Grove, Pedro Aguirre Cerda y Gabriel González Videla, entre los años veinte y cincuenta.

En Cuba, una isla del Caribe sometida a la hegemonía económica y política de Estados Unidos en la primera mitad del siglo xx, se produjo una Revolución nacionalista-revolucionaria radical que, en menos de dos años, evolucionó hacia el primer y único proyecto marxista-leninista de las Américas. Los casos de Chile, donde un socialismo por vías democráticas es derrocado por un golpe de Estado de la derecha anticomunista, respaldado por Estados Unidos, y Cuba, donde el experimento socialista sobrevive gracias a la ayuda de la Unión Soviética, conforman el díplico ejemplar de los conflictos de la Guerra Fría en América Latina.

Hacia 2007, cuando llegan al poder las izquierdas bolivarianas o del “socialismo del siglo xxi”, la población latinoamericana, menos en Ecuador y Bolivia, es urbana en más de un 75%. Sin embargo, tanto en Ecuador y Bolivia, como en Venezuela y Cuba, el acceso a internet era inferior al 20%. Países con

enormes riquezas naturales y humanas poseían millones de habitantes por debajo de la línea de la pobreza y casi todos reportaban un coeficiente de Gini, que mide la desigualdad, por encima de 46 puntos. Una década después de aquellos gobiernos y del “boom de los *commodities*”, y en medio del ascenso hemisférico de la nueva derecha, las estadísticas latinoamericanas siguen siendo muy parecidas. La primera frase del libro de Edwin Williamson acerca de que la historia de América Latina es “fascinante”, y a la vez “desconcertante”, adquiere un sentido irrefutable. —

**RAFAEL ROJAS** es historiador y ensayista. Taurus publicó el año pasado *La polis literaria: el boom, la Revolución y otras polémicas de la Guerra Fría*.



## ENSAYO Introducción a la vida futura



**Luisgé Martín**  
EL MUNDO FELIZ.  
UNA APOLOGÍA DE LA  
VIDA FALSA  
Barcelona, Anagrama,  
2018, 168 pp.

### MERCEDES CEBRIÁN

Este ensayo literario de Luisgé Martín —quien ya en su obra anterior, *El amor del revés*, se sumergió en las aguas gozosas de la no ficción— lleva inevitablemente desde su título a pensar en la novela de Aldous Huxley. En la narración del escritor británico, la felicidad parece estar reñida con la esencia misma de la humanidad, que tan a menudo implica sufrimiento y sacrificio. En el mundo ficcional que imagina Huxley no se procrea por las vías tradicionales sino *in vitro*, y el enamoramiento está prohibido

por los malestares que conlleva. Todos los individuos, sin importar la casta a la que pertenezcan (alfa, beta, gamma, delta y épsilon), son dichosos gracias en parte al soma, una pastilla que proporciona la felicidad. Por muy distópica que en su día fuese esta obra de Huxley, la sociedad que imagina cada vez está más vinculada con la nuestra, al menos en los intentos de solucionar los males que la aquejan; basta con pensar en el ascenso en el consumo de antidepressivos y ansiolíticos en las últimas décadas a nivel mundial.

En las primeras páginas de *El mundo feliz*, Luisgé Martín nos plantea la pregunta principal que lo llevó a escribir este libro: ¿A qué sería necesario que renunciáramos para extirpar de raíz el sufrimiento vital? En su periplo intelectual para averiguarlo, al autor lo acompañan y arropan lecturas de Camus, Hobbes, Rousseau, Cioran, Canetti y Yourcenar, o fábulas audiovisuales como *Matrix* y *Black mirror*, que también plantean directa o indirectamente la pregunta que vertebra su ensayo. A la hora de ofrecer posibles respuestas para atenuar lo difícil de la empresa de vivir, el autor nos sugiere que, más que como humanos, nos pensemos como “agrupaciones complejas de células”. Esta posición le permite arremeter contra esos dogmas de fe románticos que convierten al ser humano en un “semidiós de pies llagados” y contra los valores del cristianismo en relación con la trascendencia, sin olvidarse del sufrimiento que también pueden llegar a causar los deseos similares que alberga el “alma laica”.

Como *leitmotiv* presente en todos los capítulos, Martín emplea esta frase provocadora: “La vida es, en su esencia, un sumidero de mierda o un acto ridículo.” Ante ella habrá lectores que se pongan en guardia,

pero para todos será inevitable seguir leyendo y asistir al desarrollo de este pensamiento de radical pesimismo. Martín sostiene que, para poder vivir sin enloquecer, empleamos la “suspensión voluntaria de la incredulidad”. Esta expresión la acuñó el poeta inglés Samuel T. Coleridge para describir nuestra relación de entrega a los textos literarios y, de acuerdo con Martín, es ese mismo instinto de suspensión de la incredulidad lo que el pesimista tiene dañado, aunque esto no le extirpe las ganas de vivir. Sin embargo, nadie ha de engañarse pensando que este ensayo es triste y tanático; al revés, está lleno de amor por la vida y es, ante todo, un texto valiente, provocador y repleto de preguntas pertinentes, que nos invita a “estar a solas con nuestra naturaleza biológica” y a modificar para bien nuestra inteligencia moral, si es que no hemos comenzado a hacerlo ya. Quienes se escandalicen ante sus propuestas, probablemente dejen de leer antes de acabar el segundo capítulo.

Cada una de las partes del ensayo analiza una serie de valores en apariencia incuestionables como la bondad humana, la felicidad o el trío de ideales de la Revolución francesa: libertad, igualdad y fraternidad. Destacaría el capítulo dedicado a la autenticidad, pues es al analizar este supuesto valor cuando Martín se aproxima más a responder a la pregunta que formula el propio ensayo: sobrevalorar la autenticidad, la “mística de la identidad humana”, no nos permite liberarnos del sufrimiento. En conexión con esta pérdida de autenticidad liberadora el autor nos introduce en las ideas del transhumanismo, movimiento que, al abogar por la posibilidad de transformar la condición humana mediante el desarrollo de la tecnología, renuncia por completo a aquella mística.

En el último capítulo, titulado “El mundo feliz”, Martín se atreve a apuntar las características de ese nuevo mundo, que tendrá todas las ventajas del que conocemos pero ninguno de sus inconvenientes. Aquí echamos de menos una derivación ficcional en la que desarrollase, no en uno solo sino en varios capítulos, las características que apunta –“los sentimientos tendrán remedios farmacológicos o quirúrgicos” o “el sexo dejará de ser reproductivo”–, similares algunas a las del mundo que creó Huxley.

Es también en esa última parte donde somos plenamente conscientes de lo ambicioso de los temas que toca el ensayo que, de haber sido planteado de un modo más académico, incluiría una extensa bibliografía final sobre transhumanidad y poshumanidad en la que probablemente estarían Peter Sloterdijk, Robert Pepperell, Fukuyama, Habermas o Katherine Hayles.

Pero la intención del autor no ha sido escribir el ensayo definitivo sobre el transhumanismo y el poshumanismo, sino invitar a sus coetáneos a iniciarse en “los debates éticos que las nuevas realidades tecnológicas y sociales crean en nuestra época”, en sus propias palabras. Si de algo nos quedan ganas al terminar de leerlo es de acercarnos, de nuevo o por primera vez, a *Un mundo feliz* de Huxley y a otros tantos títulos filosóficos y de ficción. Un libro que abre el apetito lector es siempre un libro que merece la pena, y este que nos ocupa es la puerta de entrada –dotada de un futurista código de acceso, no de aldaba de bronce envejecido– a asuntos que ya nos tocan muy de cerca. –

**MERCEDES CEBRIÁN** es escritora. En 2017 La Bella Varsovia reeditó su libro *Mercado común*.

## ENSAYO

Elogio de la nueva  
clase discutidora

**Santiago Gerchunoff**  
IRONÍA ON. UNA DEFENSA DE LA CONVERSACIÓN PÚBLICA DE MASAS  
Barcelona, Anagrama, 2019, 80 pp.

## MANUEL ARIAS MALDONADO

Este magnífico ensayo tiene una rara virtud: rehúsa tomarse en serio las letanías que de manera recurrente anuncian la destrucción de la democracia a manos de las redes sociales. ¡Abajo los cenizos! A cambio, incurre con ello en un vicio también raro: minusvalorar los aspectos negativos de la digitalización del espacio público. Vaya por delante que, a la vista de los estimulantes hallazgos del libro, se trata de un problema menor: todo no cabe en ochenta páginas de formato reducido. Pero vamos por partes.

Esta meditada reflexión sobre la ironía en la conversación digital de masas es el debut editorial de Gerchunoff, filósofo argentino afincado en España desde hace dos décadas y activo usuario de Twitter: el autor predica con el ejemplo. Su punto de partida es justamente el malestar de los “nuevos conservadores”, que —como los antiguos— asisten horrorizados a la presunta deformación de la razón en la esfera pública digital. Este descontento adoptaría dos formas opuestas: miedo a una masa desjerarquizada que impone su voluntad a golpe de enjambre tuitero y miedo a una masa manipulada por gobiernos o empresas. Ya se actualice a Canetti o se rescate a Orwell, son legión quienes añoran una esfera pública

racional que, como señala el autor, constituye uno de los más arraigados mitos de nuestro tiempo. Identifica aquí Gerchunoff una manifestación del “provincianismo histórico” que lleva a toda época a considerarse a la vez única y desgraciada, a menudo con motivo de alguna disrupción tecnológica.

Tal como sugiere el título, a Gerchunoff le interesa sobre todo el reproche según el cual la esfera pública digital habría *enfermado* de ironía. Se trata de una acusación que David Foster Wallace había elevado ya contra la cultura analógica de los noventa: para el novelista norteamericano, la generalización de la ironía es un problema porque paralizado queda quien “es capaz de relativizar y negar todo lo que afirma casi de modo simultáneo al propio acto de afirmarlo”. Una cultura popular definida por la ironía sería una cultura popular vacía que, se nos alerta, podría incluso traernos el fascismo. Sabiamente, Gerchunoff encuentra aquí un exceso de melodramatismo; a su juicio, la ironía de masas es menos tóxico que antídoto. Pero no está de más recordar que, como hizo notar Derrida, el *phármakon* es remedio y veneno: depende de la dosis. También ayuda que la aspirina sea realmente aspirina; y en la esfera pública no es ironía todo lo que reluce.

No encontrará aquí el lector una definición tajante de la ironía; el autor cuenta con que sabremos reconocerla. Para caracterizarla, se remonta a la figura de Sócrates, que nos proporcionaría el “contexto originario” de esta práctica discursiva: una herramienta oral de uso cotidiano en el interior de la ciudad. Y aunque se echa aquí de menos alguna referencia histórica que confirme esta aseveración un tanto idealizante (si tantos Sócrates había en Atenas,

¿cómo es que este acaba muerto?), Gerchunoff proporciona una convincente descripción —no exenta de elementos prescriptivos— de la ironía como “aquello que hace el *ciron*”. O sea, el que responde al *alaizon* o charlatán que se presenta como sabio. Se adhiere con ello al sentido de Rorty: la ironía es conciencia de la propia contingencia. Así que la ironía es humilde (desenmascara al dogmático), reaccionaria (responde a lo que otro dice) y política (se ocupa en público de los asuntos públicos). O sea: la ironía nos es necesaria.

Históricamente, de hecho, habría sido una fuerza civilizatoria encargada de señalar los abusos del poder. Pero su prestigio, apunta Gerchunoff, parecía depender de su escasez: la ironía era *buena* mientras fuera ejercida por una minoría; es *mala* cuando se convierte en el lenguaje dominante. Y eso es lo que estaría sucediendo con “la multiplicación de las conversaciones más o menos públicas producida por la implantación universal de los medios conversacionales digitales”. Es lo que Gerchunoff llama “conversación pública de masas”, añadiendo con ello una nota de optimismo a lo que Castells viene denominando “autocomunicación de masas”. El autor se defiende de antemano del mohín habermasiano: la sociedad está vertebrada por una red de conversaciones a las que no podemos exigir purismo alguno. Sobre esto insistía también Sartori: la esfera pública es una cacofonía de opiniones, no un seminario de expertos. Deduce de aquí Gerchunoff que la condena de la ironía en nuestros días expresa disgusto por su democratización: ahora todos somos ironistas hiperconectados y esta paradójica “masificación de un elitismo” molesta a quienes recelan de una sociedad sin jerarquías.

Aún más optimista se muestra nuestro autor cuando, tras despachar cargado de razón las anticuadas críticas de Sennett y Habermas contra los medios tradicionales de masas, invoca a Hannah Arendt para ilustrar la cualidad política de la nueva esfera pública. Gerchunoff, que dedicó su tesis doctoral a la autora alemana, sugiere que las redes son una manifestación de ese “espacio de apariciones” que para Arendt nos convierte en ciudadanos: tomando la palabra ante los demás, nacemos por segunda vez. El autor no se engaña: esta repolitización, inviabile con la televisión, vulgariza lo político más que profundizarlo. Pero solo podemos juzgarla peyorativamente si incurrimos en una “melancolía de la verdad” que olvide un dato esencial: “el fundamento de la conversación pública no es la verdad, sino la democracia; y la relación entre democracia y verdad es, como mínimo, problemática”. A su vez, esta democratización de la ironía por medios digitales se corresponde con los principios del liberalismo político: ese liberalismo al que Schmitt reprochaba no ser capaz de fundar sociedades se parece a una ironía que no afirma sino que reacciona. Para Gerchunoff, lo que el sistema representativo conserva de la

democracia originaria se aloja en la libertad de expresión: esta actualiza la célebre “libertad de los antiguos” identificada por Constant y vehicula el uso público de la razón prescrito por Kant. De manera que el horror ante las redes debería ser amor por las redes, que vigorizan la democracia en lugar de amenazarla. Si ya en su época Donoso Cortés —admirado por Schmitt— describía burlescamente a la burguesía como “clase discutidora” del nuevo régimen liberal, Gerchunoff hace aquí un convincente elogio de su nueva encarnación digital. Y lo hace sin sombra de ironía.

Ahora bien, se echa de menos en el libro una mayor integración del componente normativo del debate público. ¿O acaso es del todo indiferente de qué manera se discute en la esfera pública o cuáles sean las conclusiones a las que lleguen las mayorías en su interior? ¿No amenazan también las redes la capacidad de la democracia liberal para precaverse de esas mayorías y sus estados de ánimo? Fenómenos como el *brexit* o el *procés* apuntan, justamente, hacia un indeseable reforzamiento del plebiscitarismo. Y aunque debemos concebir de manera flexible el uso público de la razón, las virtudes de la ironía no

siempre adornan a quienes participan en la interacción digital. De hecho, hay motivos para dudar de que el ironismo sea una cualidad de los ciudadanos individualmente considerados: estos suelen defender *su* verdad como si fuera *la* verdad, poco conscientes —por volver a Rorty— de su propia contingencia. Pudiera ser entonces que la ironía fuese un efecto agregado del sistema, donde unas voces neutralizan a otras gracias a la natural diversidad de un medio tecnológico abierto. Si es el caso, el auténtico *iron* sigue siendo minoritario: aquel que, consciente de su contingencia, se abre a los demás en lugar de gritarles lo que piensa.

En cualquier caso: estamos ante un ensayo excelente, sabiamente destilado a partir del pensamiento y la *praxis* de su autor, que refuta con sagacidad los peores augurios sobre la digitalización del espacio público. Es, también, un inmejorable punto de partida para debatir sin tremendismos sobre la conversación de masas contemporánea. Bienvenido sea. —

**MANUEL ARIAS MALDONADO** es profesor de ciencia política en la Universidad de Málaga. Entre sus libros recientes están *Antropoceno* (Taurus) y *(Fe)male gaze* (Cuadernos Anagrama).

## LETRAS LIBRES

La conversación ahora  
continúa en los móviles.

